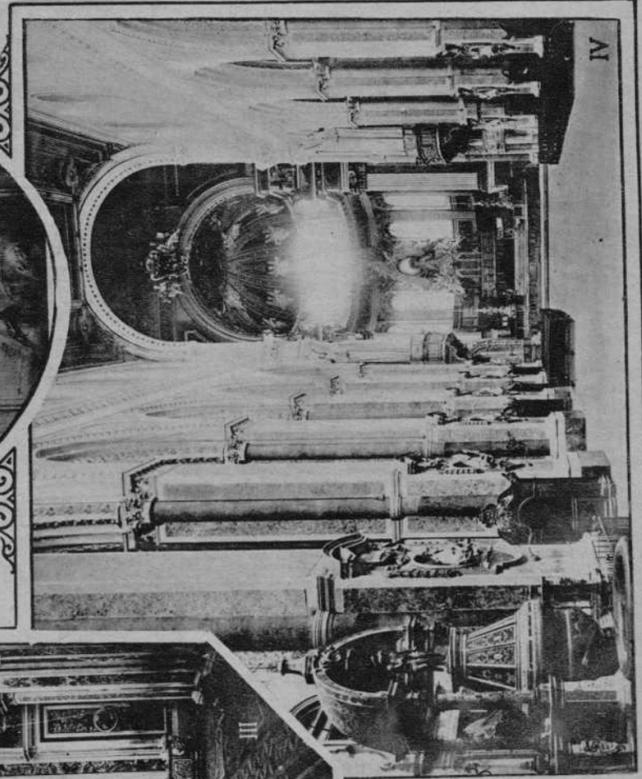
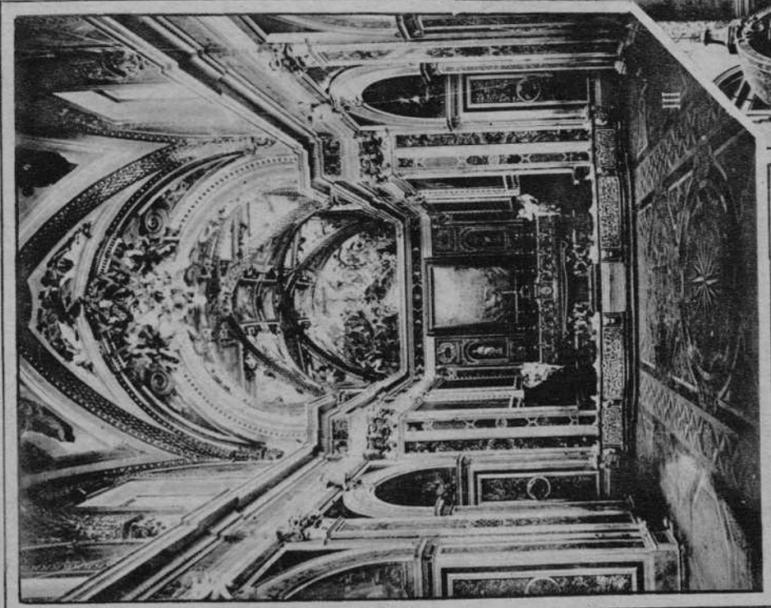
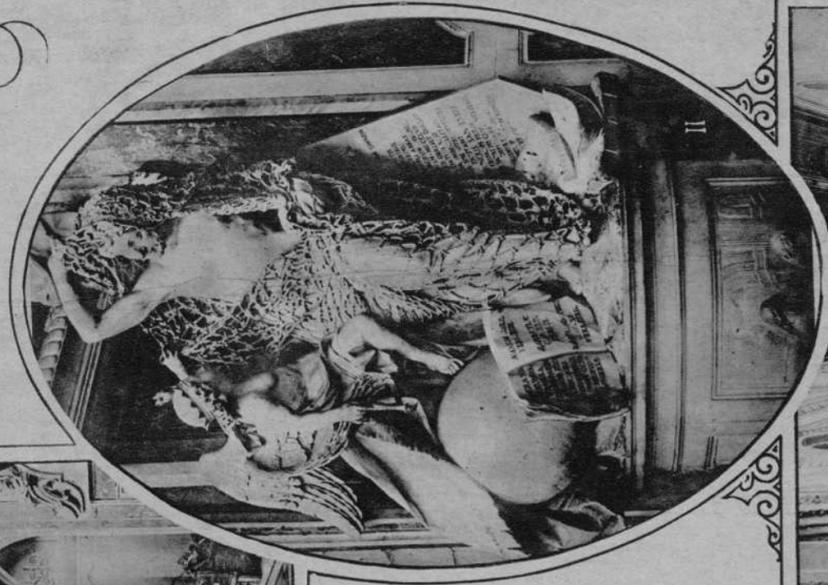
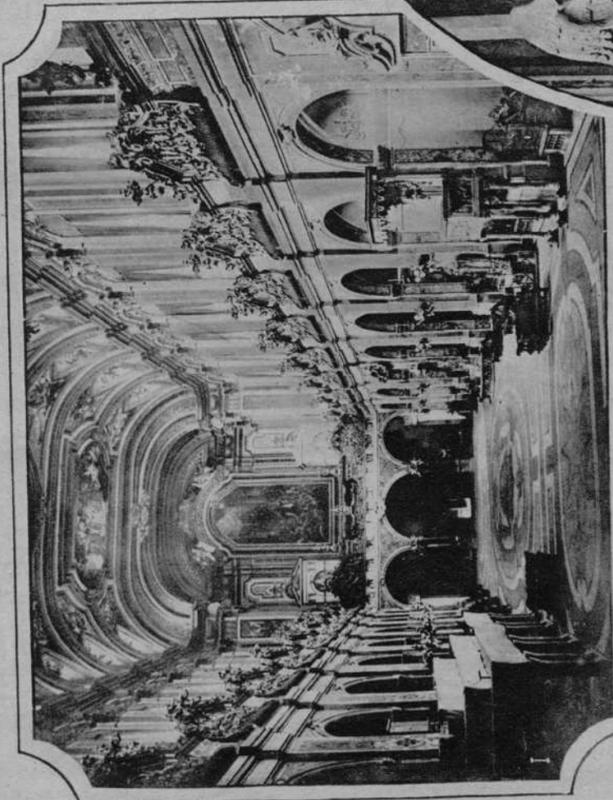


Iglesias napolitanas. El arte barroco halló en Nápoles un terreno especialmente propicio. Sus iglesias de mármoles policromos, cuajadas de estatuas de pinturas y de guirnaldas lo ceratifican elocuentemente.



- I *La Iglesia de Santa Chiara.*
- II *Grupo escultórico al pie de una columna del templo de San Severo.*
- III *El altar mayor de la iglesia de San Marco.*
- IV *Interior de la Catedral.*

Nº 47
27 febrero
1927

PÁGINAS
DE
EXTRAORDINARIAS
El Día Gráfico.



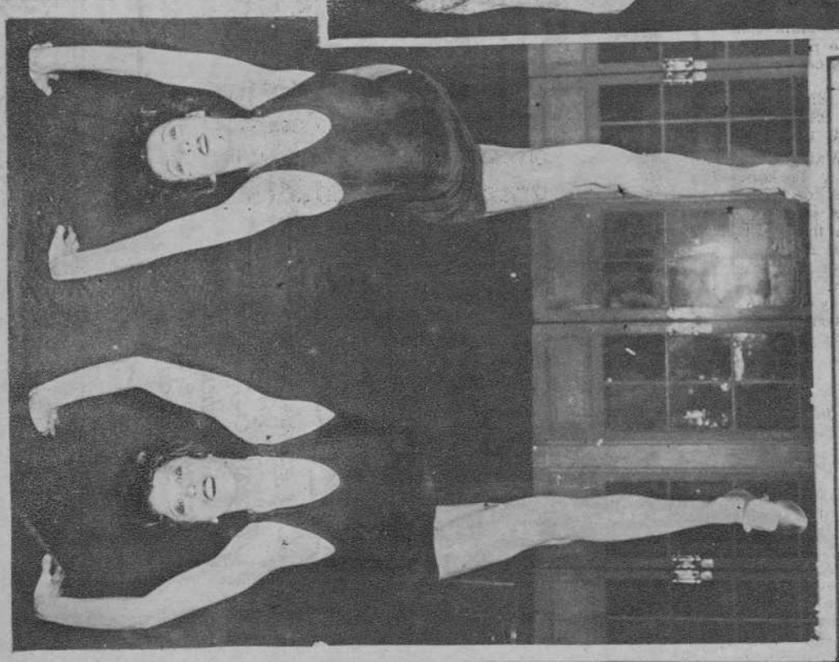
Las grandes cuadros de los Museos Españoles "La Villa Medici" por Velazquez en el Museo del Prado

El reino de Terpsicore no es como sus ponen los profetas un reino sin dolor y sin esfuerzo. Desde la girl hasta la estrella de primera magnitud todas las bailarinas deben bajar con disciplina y disciplina.

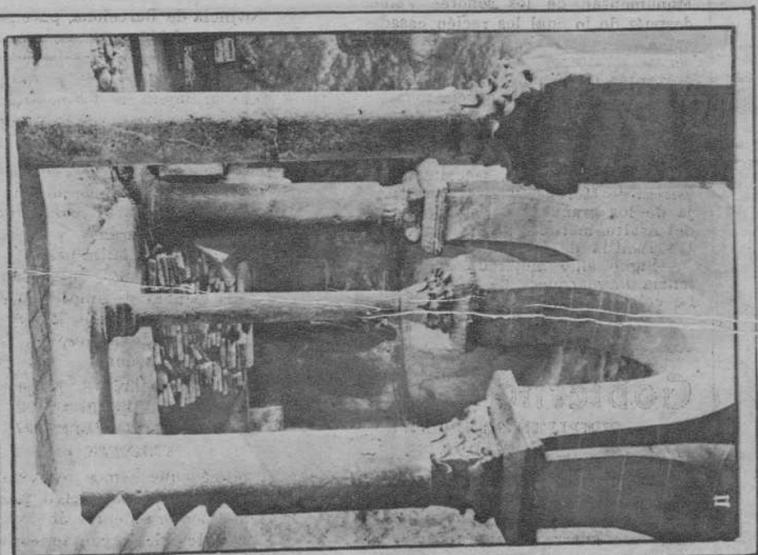
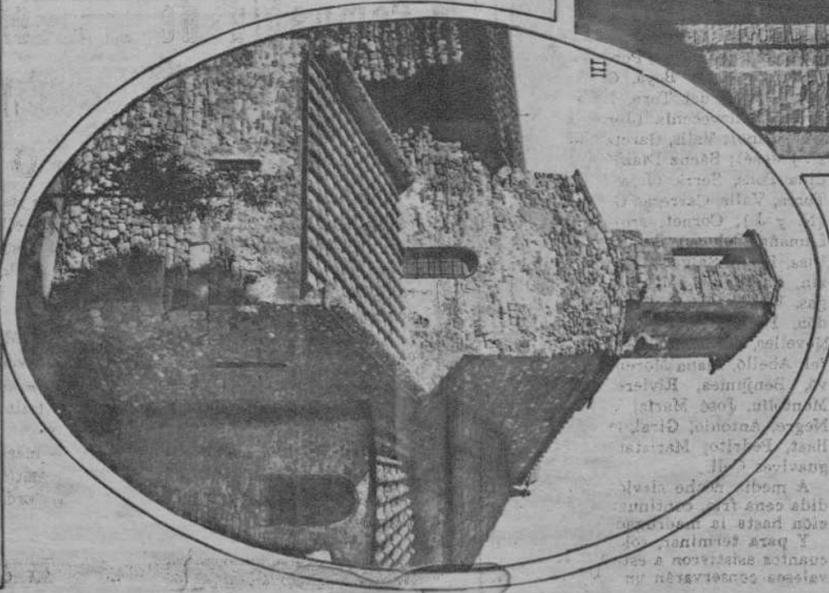


Dos muchachas que se entregan a una ruda gimnasia.
Cabeza abajo, piernas en alto.

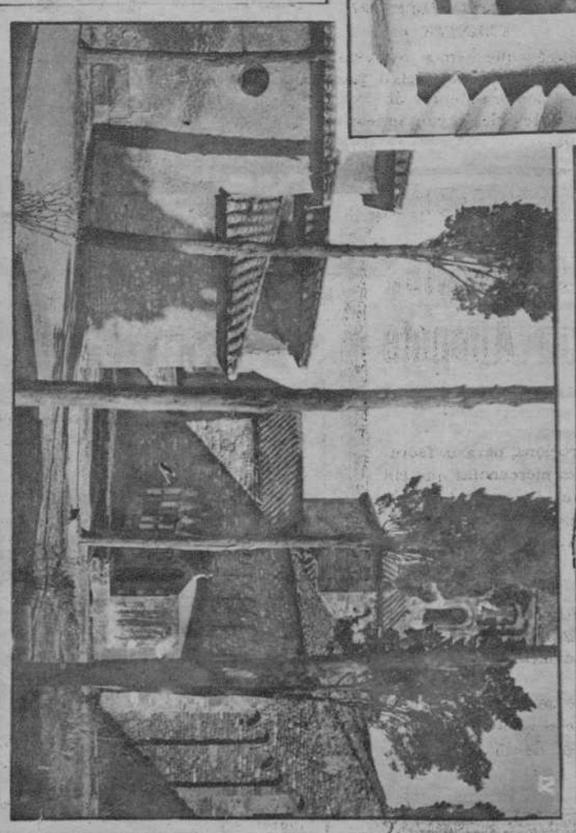
Un ensayo general de Anna Parlova



Las bellezas arquitectónicas de Tarrasa
La industriosa ciudad tiene junto a las fábricas que le han dado un renombre demasiado universal, bellos monumentos de un pasado de devoción y arte



- I - Antiguo cementerio de San Pedro. (S. Arriaga)
- II - Interior de la iglesia de San Miguel. (Canal)
- III - Abside románica, en que se practican fructíferas excavaciones. (S. Arriaga)
- IV - Iglesias de San Miguel y Santa María. (S. Arriaga)



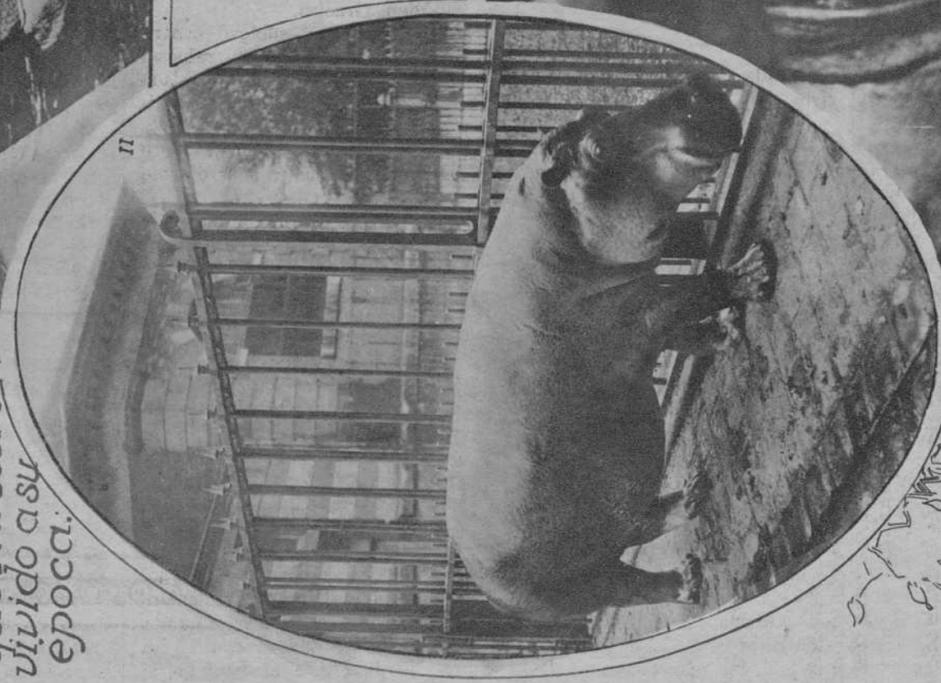


*Una casa de labranza
de la comarca de Olot*

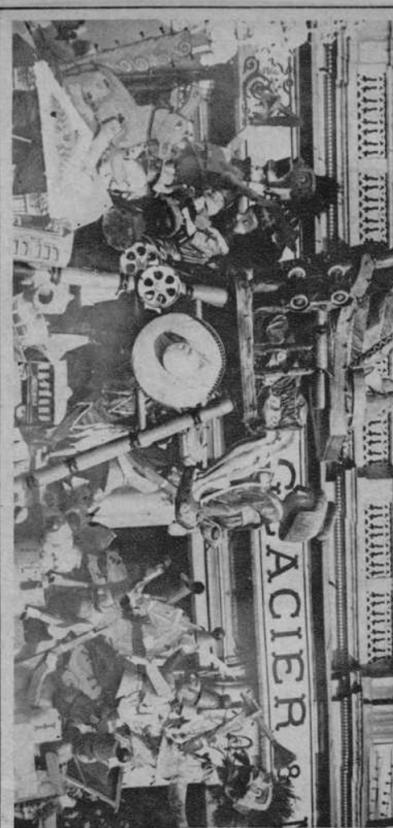
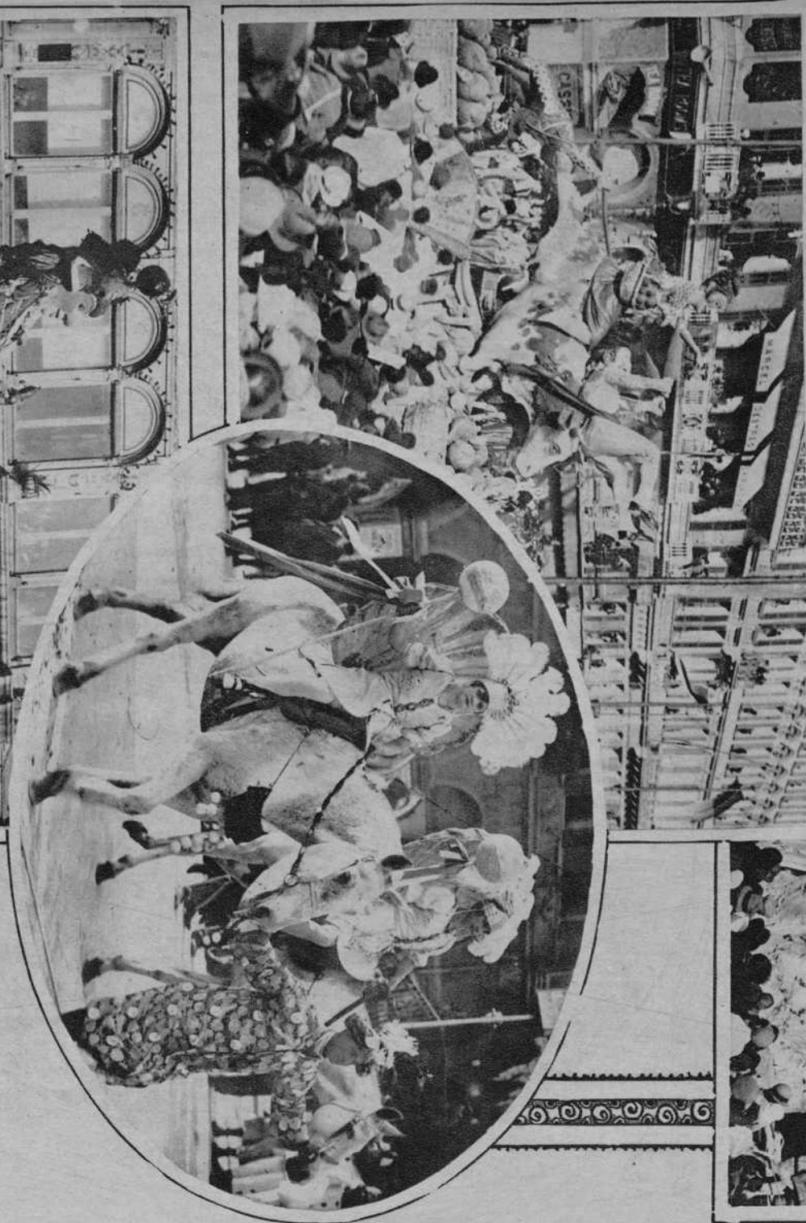
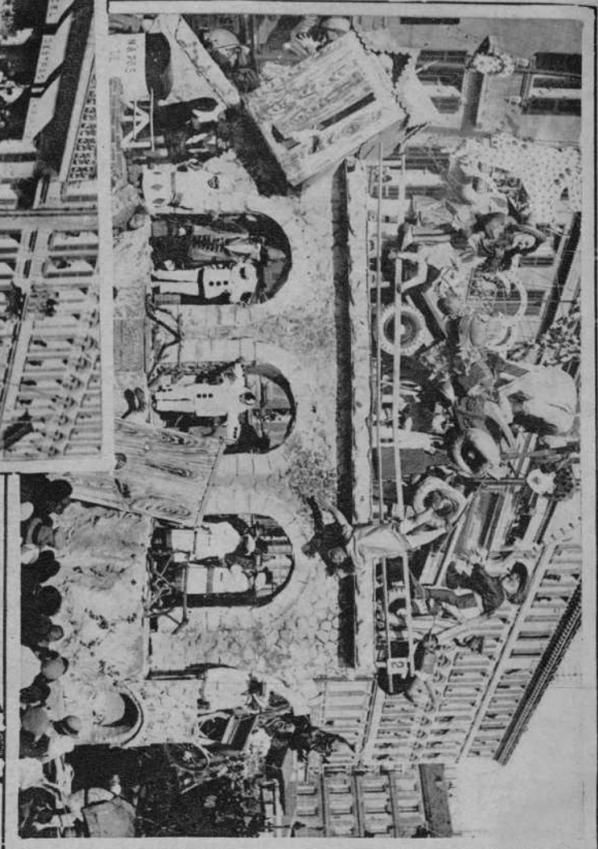
*El hipopótamo
no es un ani-
mal gracioso,
pero en cam-
bio es impo-
nente. No me-
nos que el ri-
noceronte, nos
aparece como
un aracronis-
mo zoológico.
Sin duda, es
un animal
que ha sobre-
vivido a su
época.*



*I.- La hora de la comida.
II.- Un hipopótamo enano.
III.- El único ejemplar de
rinoceronte que puede
ganarse, en Sibopa.
Es propiedad del parque
de Hannover*

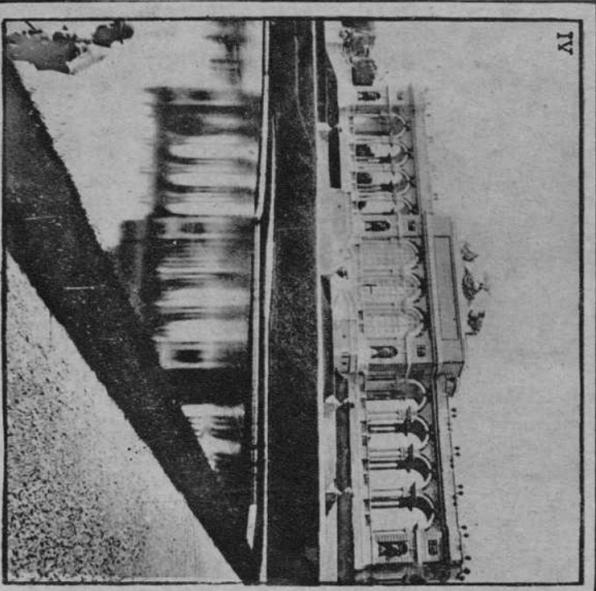
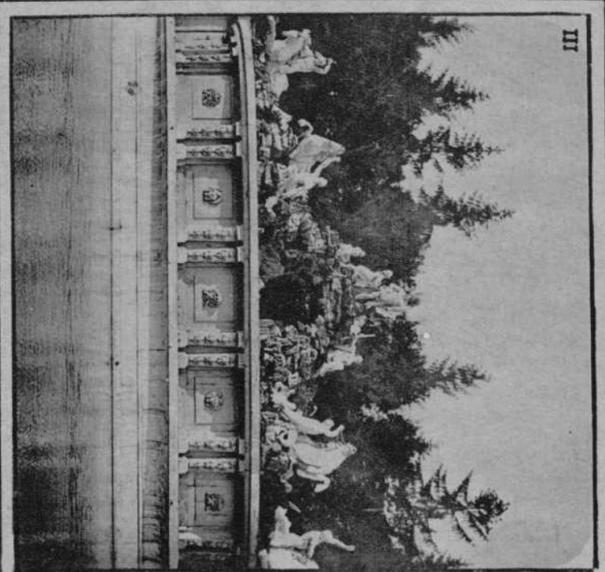
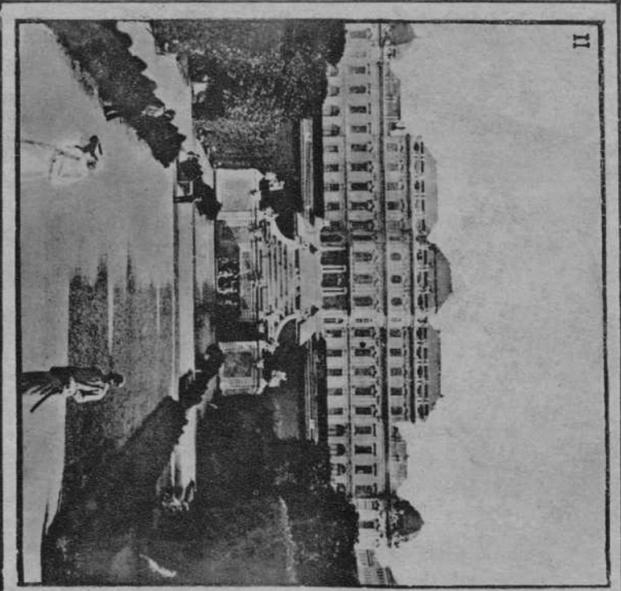
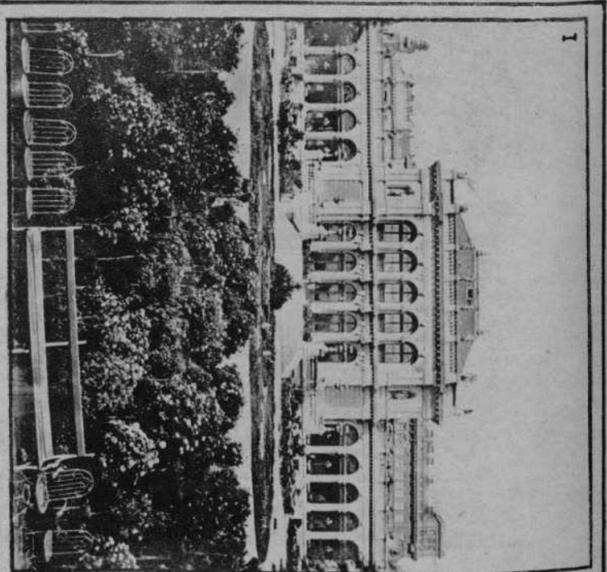


El gran Carnaval de Niza no decea, los hoteleros y demas industriales con la magnifica complicitad del sol tibio y del mar azul, no permiten que pierda uno solo de sus prestigios



1. Choque de autos en un puente.
2. La carroza denominada Valenciana, inspirada, sin duda por la celebre melodía del Maestro Pedrilla.
3. Tras perlas de la Costa Azul.
4. La carroza de S. M. Carnot en una villa de Niza.

Los Palacios de Austria que fueron residencia, de una corte fastuosa, hoy son solitarias obras de arte que la República conserva con cuidado y que los turistas visitan con admiración.



- I.- Los naranjales imperiales.
- II.- Palacio de Belvedere.
- III.- Los jardines de Schönbrunn.
- IV.- La Glorieta del Palacio de Schönbrunn.

La novela del domingo

A la puerta de las Américas viejas, conforme se sale a la Ronda de Toledo, a la derecha, hay una taberna. En el verano, el tabernero saca a la acera unos veladores y los parroquianos juegan allí a la brisca, en mangas de camisa, o con la silla retrepada en la pared y las piernas cruzadas, beben una copa a sorbitos, mirando pasar la gente, como los señores en la calle de Alcalá.

Esto fue lo que hice yo, al salir del trabajo, la tarde de que voy a hablarle.

En aquel tiempo estaba de dependiente de un traperero de las Américas. Mi obligación consistía en ir de mañana por las calles con el hijo del amo, ayudándole a engañar a las gentes que querían vender trastos viejos y en estar por las tardes en el puesto con el amo, ayudándole a engañar a las gentes que querían comprar trastos viejos. Recompensaban con cuarenta reales diarios estas faenas mías. Una ganga, lo que se dice una ganga, no era la colocación, ¿verdad? ¡Qué hacer! Las cosas no se me presentaban bien. Durante algunos años me había dedicado a vender cortes de traje por los pueblos... ¡Si hubiera visto usted, señor, qué excelente industria era esa de vender cortes de traje en los pueblos...! Cuando llegábamos a uno, yo y mi ayudante, el «Mellao», fíamos de casa en casa, con los paños al hombro.

—Aquí este inglés, que es medio tonto—explicaba «el Mellao», en voz baja—lleva unos trajes la mar de buenos y los da casi por enés...

Guiñando un ojo y bajando todavía más la voz, insinuaba:

—Como no entiende la moneda de España...

Yo, que iba engalanado con unas patillas rubias postizas y unas gafas azules, permanecía en medio del cuarto, tieso, como un muñeco de cartón, diciendo de carrerilla y sin mirar a nadie:

—¡Oh!... ¡Calitá mañifical!... ¡Grande duration!... ¡Yes!... ¡Picadilly!...

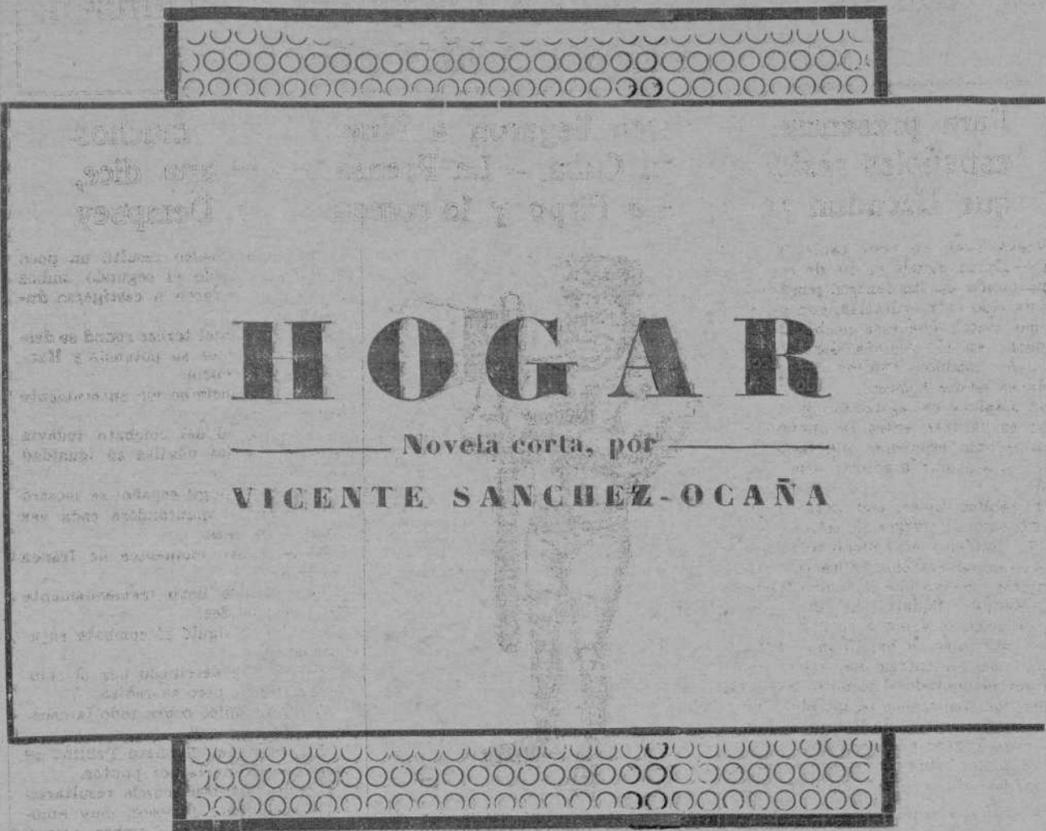
Los lugareños me arrancaban codiciosamente los paños de las manos. Los palpaban. Los contemplaban con ojos brillantes... En casi todas las casas nos hacían alguna compra.

¡Gran tiempo aquél, señor! ¡Gran tiempo! Dormíamos en buenas camas, con colchones y almohadas y sábanas y mantas... En fin, como Dios manda. Comíamos, un día chuletas con tomate; otro día, tortilla de escabeche; otro día, paella... Teníamos nuestras buenas botas, nuestros buenos trajes, nuestras pellizas, para ir bien abrigados en el invierno... Y puros, y cafés y copas, y siempre un duro en el bolsillo para alternar...

Nos perdí «el Mellao». Es buen chico «el Mellao», pero un poco bruto. Un día, en un pueblo de aquí, de orilla de Madrid, se fué a vender al cuartel de la Guardia Civil... ¡Cuidado que yo le tenía repetido: «no les saques «jayeres» a los guardias, que salen caros!» Pues, como si no... Aprovechándose de que yo había ido a Madrid por géneros, se dedicó a colocarles vestidos a las mujeres de los civiles... Y oírrió, claro, que a los cinco días los civiles de otro pueblo nos encerraban en la cárcel, bajo la acusación de haber traspuesto esa linda ideal que separa al honrado comercio de los estafadores.

Pero, charlo demasiado. No se trata de contarle mi vida, sino un caso curioso que me sucedió una vez, por si quiere usted publicarlo; usted que es periodista.

Como le iba diciendo, me senté a la puerta de la taberna que hay



HOGAR

Novela corta, por

VICENTE SANCHEZ-OCAÑA

junto a las Américas del Rastro, junto a las Américas viejas; pedí media botella de vino de la tierra y me puse a bebermelo. Mientras bebía miraba distraído hacia la calle Nueva, callejón negro donde los traperos desarmaban sus puestecillos, disponiéndose a marchar.

Por la Ronda, entre las dos filas de árboles desmembrados y polvorientos, pasaban, con sus trajes azules, obreros que volvían del trabajo, andando aprisa, un poco encorvados, con la fiambrera de la merienda en la mano. Pasaban, también, parejas de novios... Me acuerdo de una: la chica era gruesa y llevaba un vestido rojo, sin mangas. El la quería coger del brazo desnudo y ella lo rechazaba riendo...

Estaba yo mirando a esta pareja, que paseaba lentamente por la acera central de la Ronda, cuando pasó junto a mi mesa una muchacha. Así, al pasar, no le vi la cara, y puedo decir que tampoco me fijé en su tipo. Lo que me hizo reparar en ella fué la onda de perfumes que, de pronto, me envolvió. Alcé, maravillado, la nariz, husmeando en el aire de aquel barrio miserable, lleno de charcos de agua pestilente, de basura y de montones de trastos, el delicioso vaho. Entonces la ví. Parecía una muchacha del pueblo: iba destocada, vestida con un trajecillo claro.

La fuí siguiendo con la vista, mientras marchaba, Ronda arriba, taconeando garbosamente, itan menuda! itan ligera!... Era un gozo ver, a lo lejos, su figurilla, limpia y viva, avanzar entre las casuchas y entre los grupos de negruzcas vecindonas...

De pronto, en el instante en que iba a desaparecer, me alcé del asiento y eché a andar, precipitadamente, detrás de ella.

II

En el Campillo del Mundo Nuevo la alcancé.

Me puse a su lado y, encorvándome, para colocar mi cara junto a su cara, la contemplé en silencio. Después de ir así unos instantes, dije con voz lenta y cabiente, a su oído:

—¡Esto es una mujer y no la porquería que tiene uno en casa! Yo, en casa, no tenía ninguna

mujer. Ni siquiera casa tenía. Pero es un modo de decir... ¿comprende usted?... Un piropo que se usa...

Ella, con ostentoso desdén, apartó la vista de mí.

—¡Molesto, reina!

—Un rato largo, «príncipe».

Hablaba sin mirarme, apresurando el paso, como para librarse de la inesperada compañía.

—Pues más pelmazo que su novio—indicó yo—no soy...

—Que se lo cree usted.

—Y, además, resulto más bonito...

—¡Ay, por Dios!

A usted, señor periodista, si es forastero, le sorprenderá esa manera de empezar un idilio. Sí. Es raro. Lo comprendo. Lo natural, entre enamorados, es decirse palabras afectuosas y dulces: «cielo»... «vidita»... «amor mío»... En fin, cosas tiernas... Nunca nos decimos por aquí esas frases. ¡Nunca! Entre nosotros, los amantes se hablan de un modo irónico o de un modo hosco. Parece que estemos descontentos... Parece, señor periodista, como si a nuestras duras almas de celtiberos les diera vergüenza abandonar a esa reblandecera voluptuosidad: el Amor.

Subimos por delante del Madero viejo, hasta la Fuentecilla. Luego, atravesando la calle de Toledo, entramos en Humilladero.

Yo seguía arrimado a la muchacha, charlando jovialmente, y ella, con un mohín de disgusto, aparentaba no escucharme, mirando los escaparates, los tranvías, las muestras de las tiendas... En la esquina de la calle de los Irlandeses se paró bruscamente, ante mí.

—Bueno. A ver si va a poder ser que se vaya «usted» a darle la tabarra a su tía, la del pueblo.

—¡Shh! mudao.

—¡Ah!... ¿Sí?

Secamente, mirándola con aire duro, repetí:

—Sí.

Estuvo indecisa, sin saber qué responder. Por fin, se encogió de hombros, me volvió la espalda y, cruzando, con paso rápido, el arroyo, se metió en el portal de enfrente.

Yo me quedé en la esquina. Lié un cigarrillo, y con él entre los labios, me recosté en la pared.

En esta actitud, indolente, disipiente, estuve examinando la casa de la muchacha, y un corro

de comadres, que, unas puertas más allá, cuchicheaban figándose.

Como esperaba, la chica volvió a salir, en seguida.

Eché a andar hacia la calle del Humilladero, por la acera de su casa, despacio, mirando de reojo hacia mí.

Pasé la calle y, serio y lento, me acerqué a ella.

Sonrió.

—¿Todavía está usted aquí?

—Todavía.

Anduvimos un poco sin hablar y sin mirarnos. Yo iba algo apartado de ella, con aire distraído, silbando.

Al cabo de un rato, la muchacha alzó hacia mí los ojos risueños, otra vez.

—Ahora, al bajar de casa—empezó a explicar—me creía que s'habría ido usted... Digo: «ese ya se las ha pirao». Porque, claro, como una...

Me encaré rudamente con ella. —¿Pa qué me cuenta usted mentiras, jovencita?

—¡Mentiras!—suspiró, confusa. —Pues claro que mentiras!... O embustes... O de nen... Vamos: como le digan a eso en Guadalajara... Porque usted es de la provincia de Guadalajara. ¿Verdad?

Iba con la cabeza baja, tan abatida, que ni contradijo esta hipótesis... esta hipótesis que en los alrededores de la Fuentecilla es un ultraje.

Inexorable, seguí:

—A mí, no me equivoque... Equivocarme, no... Usted sabía de sobra que la estaba esperando. Y ha salido por eso. De modo que todo lo demás, son pampulinas...

Pasábamos junto a un bar clamoroso, lleno de luces.

Se lo señalé.

—Vamos a sentarnos un rato.

Ella, parada ante la puerta, mirando al suelo, movía la cabeza negativamente.

La empujé, con suavidad, hacia dentro.

Había cerca de la entrada, una mesita en un rincón; tras ella, ajustada a la pared, una banquetta; delante, una silla.

Allí nos sentamos. La muchacha en la banquetta; claro está, y yo, fuera, en la silla.

Mientras el camarero, restregando un paño sucio por la mesa, nos tomaba recado, ella me insinuó:

—Ahí, donde está usted, habrá corriente... Eso es malo...

Sonrei, porque no había ni contacto de aire: hacía una calma asfixiante.

—Sí—insistió—las corrientes de aire son malas...

El camarero se alejaba, camino del mostrador, y ella, bajando la voz, propuso:

—Podría usted colocarse aquí...

Hay sitio...

Se estrechó y yo me senté junto a ella.

III

Nos veíamos por las tardes.

Ella trabajaba por las Delicias, en una fábrica de perfumes, y cuando yo acababa mi faena iba a recogerla.

Recuerdo bien aquellos ratos de espera, recostado en una farola, frente al gran edificio, del que manaba un aliento caliente y dulce que casi me adormecía. Sentado a la puerta, el portero, que era un viejo cazarro, me contemplaba, sonriendo. Ultimamente nos hicimos amigos y, de la silla a la farola, cambiábamos impresiones: «Buen sol, ¿eh?». «Sí, buen sol». «¿Lloverá?». «Esas nubes...» «¡Psch!»

Cuando la veía aparecer al fondo del portal, avanzando vivamente hacia mí, con su pasito menudo, me separaba de la farola, enviaba un ademán de despedida al portero, y echaba a andar, calle arriba, despacio... A los pocos pasos ella me alcanzaba.

Vagábamos hasta el oscurecer, por allá abajo, por los alrededores de la vía, charlando... Hacíamos proyectos para el porvenir: pensábamos establecer algún pequeño comercio y discutíamos qué nos convendría más: si poner una charrería o una mercería. También disputábamos sobre el modo de amueblar nuestra futura casa y sobre si nuestro primer crío había de ser chico o chica, y sobre el nombre que le pondríamos...

Cuando se hacía de noche emprendíamos, cogidos de la mano, el camino de su casa. En su puerta cambiábamos, a hurto de la portera, que desde el eucitril nos miraba severamente, unos largos besos de despedida... Luego, ella subía, saltando, las escaleras, y yo me iba a unas cuevas del término municipal de Carabanchel, que eran, por aquel tiempo, mi dormitorio.

Un día, estando en ese instante de la despedida, a su puerta, ella me indicó:

—Tienes que entrar en casa...

Se lo voy a decir a mi madre.

—¿Sí?

—Sí... Ella ya sabe que hablamos; pero mi padre, no... Ahora se lo decimos y subes...

Me encogí de hombros. A mí, la verdad, me ha parecido siempre que cuanto más tarde conozca uno a la familia de la mujer amada, pues, mejor. Las madres son grufonas. Las hermanas espían y chismorrean. Los padres y los hermanos piden tabaco... ¡Hay en el mundo entretenimientos más amenos que alternar con los parientes de la novia!

Pero a la mía le entró esa manía de presentarlos que entra a todas, y a diario me hablaba de ellos: de su madre, de su hermano Juan, de su padre... De cómo eran; de su carácter, de sus costumbres, de sus palabras...

Un día, estando aburrido, oyéndola contar historias de su gente, por decir algo, le dije:

—Tu padre, ¿qué hace?

La cabeza de una mujer es un objeto que nosotros, los hombres,

no podemos entender del todo: hay que reconocerlo. Aquella, que llevaba un mes hablándome de su padre, podía haber esperado esa pregunta que le hice, ¿verdad? Pues, bueno: se quedó tan sorprendida y tan desconcertada como si le hubiera pedido, pongo por ejemplo, el censo de sardinas del Mediterráneo.

—Mi padre... Está... Está... Balbuceaba sin acertar a concluir la frase.

Por fin, declaró:
—Está... empleado...
No insistí; pero, desde entonces, ella, todos los días, hablaba del empleo de su padre. Hablaba de una manera... De una manera extemporánea, como forzada.

—Pues, sí—decía, de pronto, en medio de una conversación cualquiera—; mi padre está empleado... Yo me quedaba mirándola, sorprendido de que interpolara aquella declaración en unos escarceos sentimentales o en un debate sobre si convenía más que nuestra sama matrimonial fuera de madera o de hierro, y ella me preguntaba:

—¿Es que te figuras que es mentira?

—No. ¿Por qué me voy a figurar que es mentira?, protestaba yo, verdaderamente estupefacto.

—Creía... Estaba un momento silenciosa, pensativa. Y, luego, volvía a decir:

—Está empleado... Sí... Empleado... Y, algunas veces, aclaraba:

—Está empleado por el Gobierno... ¿Comprendes?... El Gobierno le da su paga todos los meses y él... claro... pues... Está empleado... Tartamudeaba estas explicaciones con un aire confuso, itan chocante!... Es verdad que el hecho de que el padre de uno sea empleado no es muy satisfactorio, porque, al fin y al cabo, los empleados son gentes que burlan de una manera bastante cínica la condena de trabajos forzados que Jehová nos impuso a todos, cuando el incidente de la manzana. Pero, ¡qué diablo!, tampoco es cosa de avergonzarse... Y aquella muchacha, cuando murmuraba: «Está empleado por el Gobierno», parecía avergonzada...

Llegó a intrigarme... No vaya usted a creer que, por eso, me puse a husmear, como una comadre cotillera... No. Después de todo, ¡qué me importaba? Mi lema ha sido siempre, éste: «Meterse en vidas ajenas, no»... Un lema bello. ¿Verdad? Me gustaría—dígalos usted en su periódico—me gustaría verlo adoptado por los guardias, los policías y los jueces.

Verá cómo me enteré del empleo que tenía el padre de mi novia.

Un día, ya avanzado el otoño, estaba lloviendo, y como no teníamos dinero para entrar en un tupi, íbamos ella y yo, de un lado para otro, muy juntos, bajo un paraguas agujereado, tropezando con los transeúntes, hundiéndonos en los charcos... Parecíamos una miserable pareja de perros vagabundos.

—¡La peste del tiempo!—gruñí, sacando un momento la cabeza fuera del paraguas, para contemplar el cielo.—Me parece que lo mejor será que nos vayamos cada uno a nuestra casa.

Esta expresión: «nuestra casa», era, usada por mí, lo que se llama una licencia retórica, porque de casa me servía, como le he dicho, una cueva... Una cueva que a aquellas horas debía de estar encharcada y fangosa.

—Si hubiéramos hablado a mis padres—dijo mi novia—podríamos estar en casa. Allí se está bien. Tenemos un comedorcito muy mono, con una buen brasero...

Me arrebató un furor súbito.

—¡Tu casa...! ¡Pues no amueblas poco con tu casa! Siempre hablando de ella y siempre despidiéndome a la puerta, como si la fuera a manchar... ¿Tan preciosa es?... Y tu familia, ¿qué? ¿Es que son grandes de España, que se tienen a menos de admitirme en su palacio?

La chica se me quedó mirando, pasmada, a punto de llorar.

—Pero si eres tú quien no ha querido ir...

Tenía razón. Sin embargo, yo seguí increpándola; diciendo improperios de su gente, de su casa: sentía, al hacerlo, una especie de bienestar... Como un alivio... Alivio de no sé qué...

Por fin, me callé, bruscamente, igual que había empezado a gritar.

Anduvimos un rato silenciosos, calle de Toledo arriba, hacia la Plaza Mayor; hacia los soportales.

—Entonces—dijo ella, al cabo de un rato—, ¿quieres que les hable y subes?

Hoscamente, concedí:
—Bueno.

—Es que... empezó a decir. Y se detuvo.

—¿Qué?

—Nada... Nada... Quería decirte...

Otra vez se paró.

—¿Qué cuernos querías decirme?, le grité, impacientado.

—No es nada... Sólo... Que quería que supieras, pues... que mi padre... tiene un empleo...

—Hace dos meses que me lo dices todos los días.

Se sonrió, forzosamente.

—Sí. Es verdad... Ya lo sabes... Habíamos llegado a los porches de la Plaza, llenos de soldados, de vagabundos y de criadas, que se habían refugiado allí como nosotros, huyendo de la lluvia.

Nos pusimos a pasear entre aquella gente.

A cubierto del agua, me sentía más animado. Arrebañé migajas de pan y motas de tabaco y pelusa en los bolsillos, elaboré un pitillo y con él entre los labios marchaba al lado de mi novia, engallado, mirando con aire retador a los sorches.

Ella iba abstraída, con los ojos en el suelo.

—Aunque tiene ese empleo—dijo de pronto—no hace nada. Le pagan, pero... no hace nada...

—Todos los empleados—expuse yo—cobran sin trabajar.

No contestó.

Súbitamente, cuando pasábamos en nuestras vueltas frente al arco—no se me olvidará—frente al arco de Cuchilleros, se detuvo, y, sin mirarme, de un modo seco y rápido, dijo:

—Es ejecutor.
Yo no entendí.

—¿El qué?

—Ejecutor—repetió—. Ejecutor de...
La voz se le quebraba.
—De... la... Audiencia...
—¿Verdugo?

Ella rompió a llorar.

IV

Unos días después fui, por fin, a casa de mi novia: me convidaron a cenar.

Era una noche desesperada de temporal. El agua caía violentamente, como tirada con rabia por algún Dios encolerizado sobre la Tierra, y bruscas ráfagas de viento sacudían las viejas casas y silbaban por las callejas de los barrios bajos... Yo, a cuerpo, con mi chaquetilla de mecánico toda abotonada y el cuello subido, encogida la cabeza, bajo la lluvia, iba dando zancadas... ¡Qué alivio cuando salté dentro del portal de la casita de la calle de los Irlandeses!

Subí las escaleras sacudiéndome el agua y dejaba por los baldosines casi un arroyo de rastro.

Al verme, la chica se enterneció.

—¡Pobre! ¡Cómo vienes!

Me arreglaba las ropas, empapadas; me secaba con su delantal la cabeza, la cara y las manos, al tiempo que se lamentaba ruidosamente.

—¡Si estás caladito!... Pero caladito, ¿tú sabes cómo vienes?... Vas a ponerte malo...

Pero, no. Yo no me sentía mal. Había allí dentro un dulce calorillo y flotaban en el aire olores de cocina; buenos olores de fritura, confortadores... Me encontraba bien; suavemente bien.

Apareció en el extremo del pasillo, andando hacia nosotros, un hombre. Llevaba en brazos un gato y entre sus piernas venía jugueteando un perrillo.

Mi novia me empujó a su encuentro.

—Aquí—dijo señalándolo—: mi padre...

Y señalándome:
—Aquí... José...

El hombre se detuvo ante mí. Era bajo, fuerte. Manteniendo al gato sujeto a su pecho, con la mano izquierda, me tendió la derecha. La mía, al cogerla, temblaba un poco.

—¿Sigue usted bien?

—Bien. ¿Y usted?

—Bien. ¿Y la familia?

—Bien. ¿Y la suya?

—Bien. Gracias.

El gozquejo se sublevó contra mí. Me seguía ladrando rabiosamente, y cuando me vio instalado en el comedor, ante la mesa camilla, donde ya la madre de mi novia colocaba la cena, se arrojó sobre mis zapatos, resuelto a arrojarme de aquel sitio.

El padre se levantó y lo cogió.

—No hace nada... ¿Verdad «Canelo» que no haces nada? ¿Verdad que eres buen chico?

Lo tenía sobre las rodillas mientras le hablaba así.

—Tiene mal genio, ¿eh?

—Está mal enseñado... Hace lo que quiere... ¡Como nunca le pegamos!

La mujer, que estaba repartiendo la comida en los platos, gruñó:

—Y eso, que algunas veces no le vendría mal.

—No; no le vendría mal al grandísimo asqueroso—aseguró mi novia, mirando al bicho ceñudamente—.

Ayer estuvo arrastrando por toda la casa mi blusa azul... La puso perdida... Y el domingo, si no ando lista, la carne del cocido, pues... ¡que se la come!

El padre, callaba.

Alcé entonces, por primera vez, la vista hacia él.

Estaba contemplando al chuchito con una sonrisa paternal y le daba suaves palmaditas en el lomo. Mientras tanto, el gato, encaramado en su hombro, atalayaba ávidamente la mesa llena de manjares.

Nada había de extraordinario en el aspecto de aquel hombre. Tenía el pelo, canoso ya, cortado al rape; la cara ancha, llena, saludable; los movimientos pausados, y miraba apaciblemente... Parecía un labriego viejo.

Según lo estaba examinando, sin atender a mi suegra, que no sé qué cosas decía de su hijo ausente, él, para coger un pedazo de pan, tendió la mano en la mesa: era una mano cuadrada, peluda.

Me revolví tan bruscamente en mi asiento, que la camilla, con todos los platos, cucharas y vasos que tenía encima, tembló.

—¿Quería usted coger la botella?, me preguntó él, alargándomela.

Dije: «Sí», con la cabeza; llené el vaso y me lo bebí con ansia.

El me miraba beber, sonriendo indulgente.

—El vino—declaró—es lo mejor que hay en el mundo; es una bendición de Dios, si no se abusa... Unos vasitos en las comidas...

Se golpeó, con la velluda mano, el pecho.

—Aquí me tie... usted a mí: sesenta y dos años y estoy más fuerte que muchos hombres de treinta... ¡Ni un mal dolor de cabeza en toda mi vida!... ¡Ni un constipado!... Me echo en la cama y al momento estoy dormido, como un chico, y me paso la noche durmiendo de un tirón. ¿Sabe usted por qué? Pues por eso: porque nunca me he dejado dominar por la bebida, ni por ningún vicio... He bebido, he fumado, la he corrido, cuando ha venido a pelo, como todo el mundo. Pero, a modo; sin excesos... Excesos, no... Yo, perder la «salú» y la «tranquilidá» por una tontuna de un momento, no... Además, que abusando de las cosas, no se les saca gusto... Las cosas, con medida... ¿Eh?... ¡Digo bien?

—Es verdad.

—¡Claro que es verdad, joven! ¡Claro que es verdad!... Lo que pasa es que hay mucha locura hoy en día entre las gentes.

Moviendo melancólicamente la cabeza, agregó:

—En mis tiempos éramos de otra manera.

Y se calló.

El perro se le había vuelto a subir en una pierna y el gato en la otra, y desde allí levantaban los hocicos hasta el borde de su plato. El se puso a repartirles comida.

Nunca he visto dar de comer a los animales de una manera tan cuidadosa como les daba aquel hombre. Les abría suavemente la boca y les colocaba los trozos de carne entre los dientes con tanto mimo como si colocara un biberón en los labios de un bebé. Luego se quedaba extasiado, viéndolos tragar ansiosamente... Parecía, inclinado sobre los dos bulliciosos bichos, una buena mamá.

La mujer, sonriendo, me lo mostró con un ademán, y mi novia, risueña también, se llevó un dedo a la sien y aparentó barrenarla.

El no se apercebía de nada. Estaba absorto, regalando y acariciando a los dos voraces animales y farfullándoles al oído no sé qué... Vagos discursos de los que no llegaba hasta nosotros más que un murmullo.

Al fin, la mujer no se pudo contener.

—Eh, tú... Pero, ¿les vas a dar toda tu comida?

Levantó entonces la mirada, y viendo que le estábamos observando colocó al perro y al gato en el suelo y reanudó la cena, azorado... Creo que hasta ruborizado.

Lanzamos grandes carcajadas. Los tres, mi suegra, mi novia y yo, estábamos muy alegres. Habíamos vaciado ya dos botellas de vino, y ahora, la vieja se había traído arrastrando de la cocina una bombona llena; la había puesto a su lado, y echaba de ella, directamente, en los vasos.

—¡A «soplar», chavales, a «soplar», nos gritaba, dándonos el ejemplo, animosamente.

Y mi novia, con los ojos brillantes, el vaso en la mano, se agitaba, reía, charlaba...

El viejo la reprendía, blandamente.

—Mujer... mujer... Un poco de formalidá.

Entonces, la chica se levantó y corrió hacia él, llevando en alto su vaso.

—¡A beber, abuelo! Que no lo cata usted... ¡A beber!

Abrazándolo, le buscaba con el vaso la boca, y él lo huía, haciendo contorsiones en el asiento y aspavientos cómicos.

—¡Que beba! ¡Que beba!, chillaba la mujer.

—¡Que beba!, voceaba yo.

Acabamos por levantarnos, y, cogidos de la mano la hija, la mujer y yo, brincábamos alrededor de la silla del viejo, berreando una canción báquica de campesinos:

Hasta que el artillero no diga: «¡bomba va!»; hasta que no dispare ninguno beberá.

Que beba, que beba que beba, que... ¡pun! que beba, que beba la sangre de Jesús.

Cuando se restableció la paz y volvimos a sentarnos, el abuelo, con los bigotes revueltos y la camisa manchada de vino, a consecuencia de la refriega, sonreía placidamente, mirando embobado a la chica, que le amenazaba:

—Abuelo, como siga sin soplar, ya sabe lo que le pasa: ¡otra toña!

Acababa la cena. La mujer trajo una haldada de nueces y manzanas y la echó sobre la mesa.

Ante aquellas frutas los ojos del viejo brillaron. Cogió unas cuantas en la palma de su terrible manaza y me las mostró.

—Mire qué hermosos. ¡De mi tierra!

—¿Se las traen de allí?

—Sí... Se cogen ahora... Tenemos allá, en el pueblo, unas finquillas... Usted, ¿es de pueblo o de aquí, de Madrid?

—De pueblo.

Balancó suavemente la cabeza, en señal de aprobación.

—¿Hay nogueras, en su pueblo?

—Sí.

—¿Y manzanos?

—También.

—¿Y viñas?

—No. Viñas, no.

Aprobó otra vez, con la cabeza, —Tampoco en mi pueblo hay viñas. Es muy frío el terreno aquí para las vides.

Se quedó silencioso, mirándome vagamente, con el rostro iluminado por una sonrisa beatífica.

Yo me puse a cuchichear con mi novia.

—¿Hay en su tierra—me preguntó al cabo de un rato—azafranales?

—¡Ya lo creo! Yo, de chico, iba de rosero todos los años.

—Y yo, también...

Otra vez se calló y quedó ante nosotros con la mirada perdida, sonriendo suavemente... dulcemente...

Murmuró:

—Sí... De pequeño, en el pueblo, yo iba a coger la «rosa»... Era por este tiempo. A la madrugada...

Hablaba sin dirigirse a nadie. Se había acodado en la mesa, y con la cabeza entre las manos parecía estar contemplando atentamente el mantel.

—Mi hermano Juan y yo dormíamos en la banca de la cocina. Llegaba mi madre y nos zarandeara: «¡Arriba, bigardos, que ya es casi de día!». Entonces, gruñendo, nos alzábamos, y en mangas de camisa, sentados el uno al lado del otro, en la banca, estábamos un rato restregándonos los ojos...

Mientras tanto, la madre encendía la lumbre: las aliagas chisporroteaban y llenaban de luz la cocina... Subía el padre de echar el pienso al ganado, con el almud al hombro... Luego venían de la calle los roseros: Tomás, el de la tía Manuela, y el tío «Melguizo», y la tía Juana de la Fuensanta, y su hija; los hombres envueltos en sus mantas y las mujeres con los refajos sobre la cabeza... Acudía nuestra hermana, con el porrón del aguardiente, y bebíamos un trago. Luego, salíamos hacia el campo, todos... Era noche cerrada todavía... Hacía mucho frío, mucho frío... Íbamos arrebuados en nuestras bufandas, encorvados, tiritando... El padre tosía mucho: casi se ahogaba de tos y la madre nos decía: «¡taparos, guachos, taparos, que es malo el relente!»... Había niebla...

El viejo hablaba, hablaba... Yo, con los pies descansando en la alambra del brasero, bien calientes, y la mano, bajo las faldas de la camilla, entre las manos de mi novia, le escuchaba, adormilado. Su relato llegaba hasta mí como un suave y confuso rumor. De cuando en cuando se destacaban de él palabras familiares, palabras de la tierra, que eran como amigos a los que yo no veía desde hacía tiempo: «rento»... «agostero»... «bureo»... «matagorrino»... «vetera»... «tarja»... «asayo»...

Oyendo estas voces, que ponían, súbitamente de pie, en lo hondo de mi pensamiento, viejas imágenes, abría de pronto los ojos, que se me empezaban a cerrar, y contemplaba al viejo charlando, de codos sobre la mesa; a la mujer que cabeceaba en su silla, y, a mi lado, inclinándose cariciosamente hacia mí, a la muchacha...

Me sentía a gusto, allí, al amor de la lumbre, en aquella salita limpia y tibia, entre «aquella buena gente»... Sí... ¡Sentía una paz!...

Fuera seguía lloviendo. Se oía batir el agua sobre las piedras de la calle y también a los vientos aullar, zarandeano las puertas y las ventanas de las casuchas.

—¿Me quieres?, preguntó en voz muy baja mi novia, arrimándose a mí.

Bajo la mesa yo le apreté largamente la mano.

El verdugo sonreía, paternalmente, contemplándonos.

